

UTOPIA Y PROYECTO EN LA HISTORIA AMERICANA**UTOPIY AND PROJECT IN AMERICAN HISTORY**Roberto Fernández ¹**RESUMEN**

Si bien la noción de utopía aparece en Europa con Thomas More a inicios del siglo XVI, rápidamente se articula con América con cuyas operaciones de conquista y colonización tiene mucho que ver. No solo More utiliza en la portada de su edición original un plano de Tenochtitlán sino que Europa adjudica a su reciente colonia un espacio propicio para concretar sus ideas utópicas desde una noción sistémica de ciudad hasta distintas versiones de asentamientos y sociedades utópicas en manos de las órdenes religiosas.

Desde entonces no sólo se articula tal primera globalización alrededor de este concepto renacentista forjado en Europa sino que luego se extiende en otras manifestaciones de las prácticas utópicas desde las mayormente frustradas experiencias socialistas hasta anarquistas o la figuras del paternalismo productivo para desembocar en ciertas expresiones de modernidad, desde las versiones felices de la vivienda colectiva hasta el experimentalismo tecnológico, tipológico y urbano de utopistas consagrados como Sergio Bernardes o Amancio Williams.

PALABRAS CLAVE

Utopía socio-espacial / Experimentos europeos en América / Utopismo experimental / Modernidad americana

ABSTRACT

While the notion of utopia appears in Europe with Thomas More in the early sixteenth century, it quickly articulates with America whose operations of conquest and colonization has much to do. Not only More used on the cover of the original edition a schematic map of Tenochtitlan but Europe gives to recent colonies an enabling space to realize their utopian ideas from a systemic notion of the city to different versions of settlements and utopian societies by actions of the religious orders.

Since then not only this first globalization is articulated around this Renaissance concept forged in Europe but then spreads to other manifestations of utopian practices from the largely frustrated socialist experiences to anarchists or figures productive paternalism to lead to certain expressions of modernity from the happy versions of collective housing to technological, typological and urban experimentalism of great utopians as Sergio Bernardes or Amancio Williams.

KEYWORDS

Socio spatial utopy; European experiments in America; Experimental utopism; American modernity

¹ Roberto Fernández es Arquitecto y Doctor por FADU-UBA, Director del Doctorado FAUD.UNMDP en Mar del Plata, Director del Doctorado FADU-UdelaR en Montevideo, Director del CAEAU-UAI y del IHAM-UNMDP y Asesor Científico del Doctorado FAUDI-UNC en Córdoba.

Introducción

En la condición propia de la Conquista y la dificultosa relación entre la expansión europea y el mundo americano originario, se dio una estrecha articulación del viejo y nuevo mundo en torno de la idea de *utopía*, sobre todo bajo la hipótesis del ideal americano como un laboratorio enteramente maleable para concretar lo imaginado en Europa, desde las fantásticas nociones de una mega catequización en las ideas de Vasco de Quiroga, hasta las construcciones teóricas de muchos de los *cronistas-proyectistas* (desde Las Casas o Fernández de Oviedo hasta los frailes Motolinia –Toribio de Benavente- o Sahagún), todo bien desarrollado en los clásicos tratados de Brading (1991) y Gerbi (1992).

Al final de la etapa colonial, la exportación del ideal utópico de matriz socialista alrededor de las ideas de Fourier y tal como lo describen los Ungers (1978), es más bien una historia de fracasos. Estos estudiosos europeos analizan las 9 corrientes de fundación de comunidades utópicas en USA, a saber: las *amana* de los alemanes Metz y Heinemann, instalados desde 1842 hasta 1932 en Amana, Iowa y 7 aldeas; las *hutteritas*, inspiradas en la acción del alemán Jakob Hutter, radicados desde 1874 en 172 colonias de USA y Canadá, algunas pocas de las cuales todavía subsisten; las *perfeccionistas*, bajo la orientación del norteamericano John Noyes, fundador de Oneida en 1848, que existió hasta 1880; las *owenistas*, basadas en las ideas del inglés Robert Owen, que fundó New Harmony en 1825 y sólo duró 3 años; las *fourieristas*, que bajo el liderazgo del francés Charles Fourier alcanzaron a crear desde 1842 unas 40 falanges en varios estados de USA que no duraron más allá de 1858; las *shakers*, instaladas a instancia de la inglesa Ann Lee desde 1770 en 18 comunas, en varias localizaciones la mayoría ya extinguidas; las *rapistas*, lanzadas en 1805 con tres emplazamientos, inspiradas en las ideas religiosas del alemán Georg Rapp y que desaparecieron un siglo después; las *moravas*, basadas en las enseñanzas del Hemanzo Zinzendorf, profeta germano que organizó desde 1740 varias aldeas en Pennsylvania hasta su extinción hacia 1850 y las *icarianas*, fundadas a instancia del francés Etienne Cabet, en 6 colonias instaladas desde 1848 y que desaparecieron medio siglo más tarde.

De las cerca de 270 fundaciones utopistas, entre las religiosas y las socialistas (de tres protagonistas del socialismo utópico europeo: Owen, Fourier y Cabet) solo sobreviven, muy transformadas, apenas una docena de aldeas *hutteritas*.

En cambio a su manera, uno podría estudiar el concepto utópico latente en el ideario de las Leyes de Indias y en la creación de alrededor de un millar de asentamientos en torno de la práctica de los *xumétricos*, fruto de extrañas fusiones de saberes tardomedievales, junto a los conocimientos topográficos de los ingenieros militares y de las disposiciones de reparto legal de escribanías asociadas al proyecto colonizador, al amparo de cierta influencia de los ideales renacentistas.

Utopías y proyectos de los conquistadores de América

De las casi 1200 ciudades fundadas por españoles, portugueses, ingleses y holandeses en América, más del 80% de las mismas tuvieron éxito y todavía subsisten; algunas, como el caso de Panamá, fueron obstinadamente corregidas para que sobrevivieran y esa ahora capital americana, se refundó tres veces –con sendos proyectos y emplazamientos– en menos de un siglo.

El estudio de las utopías de origen europeo, que en general remite a una constatación de esfuerzos infructuosos, conduce a analizar dos derivaciones de la idea fundante, a saber: las utopías enlazadas con los proyectos neorreliгиозos –como el caso de las ciudades mormonas (y desde luego el caso de los intereses urbanos de jesuitas y dominicos en América, como subtema de su política de defensa de los aborígenes decantada en la idea de organizar pueblos de Indios)– y las relacionadas a proyectos ligados a formulaciones socialistas -desde la colonia correntina de Blasco Ibáñez hasta las ciudades ideales comunistas y socialistas descritas por Félix Weinberg (1982)- para referirnos en este caso, a ejemplos argentinos en las utopías políticas del socialista Julio Diettrich y el anarquista Pierre o Pedro Quiroulet.

² En Terán (1989) se incluye una nómina de todas las fundaciones y su destino exitoso o no.

En el libro *Utopías Libertarias Americanas* (1991) firmado por Luis Gómez Tovar, Ramón Gutiérrez y Silvia Vázquez,³ se realiza un registro documental de las comunas utópicas de origen europeo (excluidas las fundaciones vinculadas a las ordenes monásticas católicas) donde también queda comprobada, por una parte, la idealización prefigurada por la *Utopía* de Moro (concretar en el nuevo mundo americano la utopía pensada en Europa, que se llegó a leer bastante en América y donde fue publicada desde la imprenta cordobesa de los jesuitas en la primera mitad del SXVII, es decir menos de medio siglo después de su edición flamenca original) y por otra, el fracaso de la mayoría de los intentos fundacionales.

Este trabajo registra unas 30 utopías en Canadá e identifica más de 110 colonias utópicas (entre políticas y religiosas no católicas) en USA y luego detalla los casos latinoamericanos: en Argentina, una colonia comunista cristiana en 1903, varias colonias menonitas y de exiliados rusos hacia 1900, *Nueva Valencia* en Corrientes y *Cervantes* en Neuquén promocionadas por el novelista español Blasco Ibáñez hacia 1910, la colonia de sabatistas ruso-alemanes *Libertad* en Misiones hacia 1923 y una colonia anarquista en Chaco hacia 1924; en Brasil las colonias *Cecilia* (1890), *Kosmos* (1900), *Hansa* (1904), *Guararema* en San Pablo a inicios del SXX, *Monte Sol* (1906) y varias colonias comunistas alemanas en Rio Grande hacia 1912; en Chile la colonia anarquista armonista de San Felipe (1906); en Costa Rica la *Granja Far Away* hacia 1920; en Cuba la *Glory Colony* hacia 1924; en México el falansterio *El Esfuerzo* promovido en Aguascalientes hacia 1850 por el fourierista mexicano José María Chávez, la *Tobolampo Colony* fundada a fines del SXIX por un nieto de Owen, varias colonias mormonas en Chihuahua hacia 1903 y la colonia de Alfred Sors en Durango hacia 1927 disuelta por la revolución mexicana; en Panamá la *Cooperative Colony* hacia 1916; en Paraguay la colonia owenita *Cosme Colony* o *New Australia* que subsistió entre 1893 y 1904, unas 15 comunas menonitas desarrolladas desde 1930 y una colonia anarcocomunista creada efímeramente en 1913 (Figura 1).

Un punto singular es el proyecto utópico (incluso reactivo frente al poder imperial) de los jesuitas en sus misiones de indios, no solo por su peculiaridad antropológica-política sino también por sus innovaciones urbanísticas en torno de ideas avanzadas sobre la vida colectiva. Si bien desde mediados del SXVIII fueron expulsados, sus experiencias culturales subsisten sobre todo en el grupo de misiones de Moxos y la Chiquitanía, en actual territorio del oriente boliviano.



Fig.1: La ciudad anarquista de Quiroule

³ En este volumen se transcribe completo el folleto editado en 1914 del anarquista francés afincado en el Rio de la Plata, incluyéndose el plano de Las Delicias – el modelo de ciudad preconizado por el urbanista aficionado Quiroule como ejemplo de su utopía- un ensayo de Silvia Vázquez sobre el ideario político-social de Quiroule y un estudio de Ramón Gutiérrez que encuentra mucha semejanza de la propuesta de Quiroule con Victoria, la ciudad ideal de 10.000 habitantes (que podía evolucionar hasta un tope de unos 72.000) propuesta por el higienista inglés James Silk Buckingham a fines del SXIX.

Y también serán a su modo significativas, las diferentes modalidades del desarrollo de las colonias de inmigración que florecen en la segunda mitad del XX por toda América, en alguna de las cuales –como *Esperanza*, en Santa Fe– la noción de utopía remite a la voluntad de construir junto a la ciudad nueva cierto remedo o alusión a la cultura originaria y su identidad consecuente, perdida y supuestamente renacida.

Si bien la noción misma de utopía debe ser atribuida, en su creación conceptual y etimológica, al célebre libro del obispo inglés Thomas More, no debe descartarse la existencia de una idea semejante en la América originaria en donde la búsqueda peregrinacional y geo-ritual de sitios a caballo entre la realidad y el imaginario que se percibían, a veces de manera inalcanzable, como destino y finalidad o una suerte de no-lugares que eran como interfases con la muerte y la eternidad, supusieron una importante materia no sólo del imaginario religioso sino de las construcciones etno-territoriales.

Estudios muy diversos, como los del holandés Tom Zuidema⁴ para el caso andino, o los de etnólogos como el italiano Carlo Severi⁵, o el caso de las numerosas creaciones lingüísticas precolombinas estudiadas por el inglés Gordon Brotherston⁶, refieren casos de lo que podríamos describir como formas utópicas americanas originarias.

Durante la primera época de la conquista, ésta fue alimentada por mitos e ilusiones que incluso dieron pie a aventuras en su búsqueda, como el caso de las diversas e infructuosas expediciones de Narváez, Cabeza de Vaca, Coronado, Soto, Oñate y el fraile Marco de Niza por el actual sud de USA, en busca de las 7 ciudades de Civola y Quivira supuestamente fundadas para acoger los tesoros que siete obispos trajeron desde Mérida, en España, cuando ésta cayó ante los moros en 713 y que diera lugar al encuentro de las tribus zunis y del Cañón de Colorado pero no de fortunas, aunque toda la historia dio pie para que el nombre de algunos conquistadores como De Soto y Coronado sirviera para bautizar modelos de autos lujosos de los 40 o del renacido mito que vincula las ciudades de oro de Civola con Las Vegas (Figura 2).

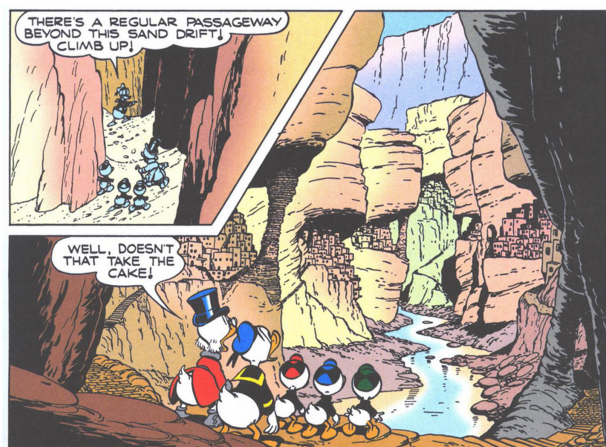


Fig. 2: Disney y Civola

⁴ En el ensayo *Un viaje al encuentro de Dios: narración e interpretación de una experiencia onírica en la comunidad de Choque-Huarkaya*, en donde se presenta etnológicamente la relación entre no-lugar (u-topos) e imaginario onírico (que puede ser asimismo imaginario estimulado en forma alucinógena).

⁵ Esta es una compilación de estudios que, bajo orientación warburgiana, buscan exaltar el valor de la imagen (por sobre la de la palabra) en las culturas amerindias. Esta revaloración de la imagen, en la construcción de la memoria social, por sobre la (inexistente) textualidad es también la valoración del espacio sobre el tiempo, del desplazamiento sobre la cronología y esa idea de imagen-espacio es asimismo la idea mítica del espacio ideal, el u-topos de consumación de un origen o un destino.

⁶ En Brotherston (1997) se incluyen varios análisis sobre las formas de representación iconológica del espacio y las derivas por ellos de los pueblos a la búsqueda de condiciones de identidad y de subsistencia/trascendencia, entre ellas, de los llamados quince, que son una suerte de cartografías indianas en que se registra tanto la historia y la naturaleza como la religión y el deseo, mapas pues, tanto de lugares visibles y alcanzables, cuanto de polaridades inherentes a cierta consumación del ser-ahí, como los lugares utópicos de los huicholes cuya aprehensión final solo es posible mediante la experiencia hipnótica del mezcal.

La ubicación de la mítica Atlántida de Platón en tierras americanas también fructificó a fines del S XV como motivación adicional de las expediciones americanas y el caso de *Cesárea*, la ciudad de los Césares, Trapalanda o Elelín fue otro mito utópico, en este caso en la Patagonia, mencionado por cronistas como Díaz de Guzmán o Toribio Medina y explorado infructuosamente por viajeros como Alcazaba, Plasencia o Mascardi.

El Dorado (Figura 3) es otro de los grandes mitos utópicos americanos, aparentemente una región del oro en el área antillana de Colombia probablemente situado en la laguna Guatavita, sede de la etnia muisca, de quien se conocieron piezas ceremoniales de oro, lo que dio paso a muchas expediciones como las montadas por Belalcázar desde Quito o por Jiménez de Quesada desde Bogotá, e incluso las auspiciadas por Pizarro desde Quito a favor de emisarios de los banqueros alemanes Welser, financistas de varias expediciones como las de Federman y Van Hütten a aquellas regiones. Las recientemente descubiertas ruinas urbanas de la etnia tayrona en las sierras de Santa Marta también podrían conectarse al infructuoso mito de El Dorado (Figura 4).

El Paititi fue otro de los grandes mitos utópicos de tesoros precolombinos, quizá incaicos o preincaicos instalados en las regiones de ceja de selva amazónica y que motivaron menciones, expediciones de Vaca de Castro, Gamboa y Maldonado y la edición de las Crónicas de Lizarazu, que en 1635 ubicó este sitio de atesoramiento de oro y piedras preciosas en la cuenca del río Guaporé, hoy en el estado brasileño de Rondonia.

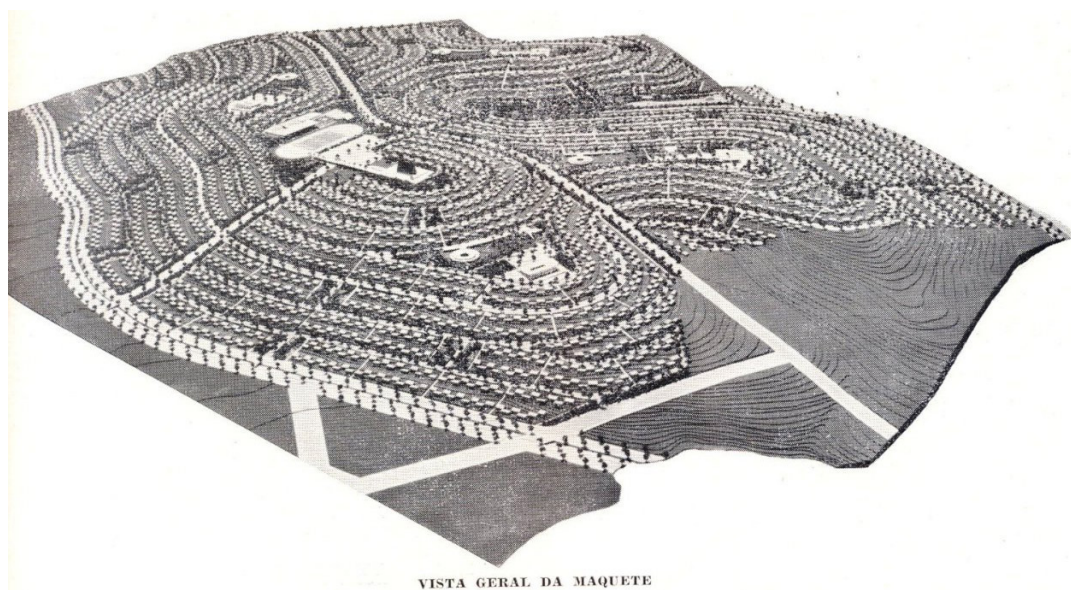


Fig. 3: Sergio Bernardes, Ciudad El dorado 1951



Fig. 4: El Dorado y Ruinas de la ciudad de Tayrona en Santa Marta

También América se convirtió en el lugar ideal –*la eutopía*– que figuraban las modelísticas de la Tierra Prometida, formas de encarnación del paraíso que emergieron en la Europa milenarista y que después confluyeron con la fundamentación de la Conquista como necesidad de poseer este supuesto grado cero de la cristiandad. Sería uno de los cronistas mayores de Indias, el fraile Antonio de León Pinelo, descendiente de una culta familia de judíos lisboetas conversos y radicado varios años en Lima, quien a su regreso a la metrópolis en 1622 empezó a escribir diversos tratados exegéticos de lo americano (como uno que preconizaba la virtud del chocolate tal que podía consumirse durante los ayunos religiosos), del cual el más conocido aparece editado en dos tomos en Madrid en el año 1656 bajo el título *El Paraíso en el Nuevo Mundo. Historia Natural y Peregrina de las Indias Orientales*, en el que se formula, recurriendo a fuentes diversas como el poeta Ovidio, las Escrituras y muchos textos de cronistas, la teoría de América como el Edén originario, donde por caso sus cuatro grandes ríos (Amazonas, Paraná, Orinoco y Magdalena) materializan la cuaternidad hídrica del Parnaso bíblico. Ya mencionamos la significación que la Utopía de Moro tuvo en América, cuya expresión más acabada se daría en las ideas y obras de Quiroga.

El castellano Vasco de Quiroga, nacido presumiblemente en 1470, parece haber conocido y frecuentado, durante sus estudios salmantinos de leyes, la obra del canciller británico Thomas More, a través de la edición impresa en Lovaina en 1516. Esa *Utopía* podría haber motorizado una idea política de sesgo milenarista y erasmiana tal que le hace aceptar la convocatoria que Isabel le propone, para ser Oidor de la Audiencia de México, lugar al que llega en 1531, presuntamente para revisar la sangrienta gestión de la primera Audiencia colonial.

Poco después de su llegada, funda a las afueras de la capital su primer pueblo de indios: será el llamado *Hospital de Santa Fe* que con el tiempo albergará 30.000 habitantes (que llamará *Hospitales*, utilizando un concepto que aúna salud física y moral y organización autónoma de los aborígenes, mucho de ello derivado de su voluntad de poner en práctica el manual político del inglés).

Después de la catastrófica campaña que Nuño de Guzmán emprende contra los tarascos –incluyendo el salvaje martirio de su rey Catzontzin, quemado vivo– que ya habían adoptado la cristiandad y aceptado la dominación, Carlos V decide nombrar Obispo a Quiroga (que tenía formación como abogado y que nunca había pertenecido a la iglesia), quien asumirá la diócesis de Michoacán en Patzcuaro en 1538, cuando tenía 68 años de edad, con la instrucción de pacificar las etnias agredidas. Quiroga rápidamente emprende su política de erigir poblados de indios, empezando por el Hospital de Santa Fe de La Laguna, y desde entonces eslabonada de múltiples fundaciones, quizá unas 200 en toda su región apostólica.

Piensa asimismo la construcción de la Catedral de Patzcuaro –en forma de un panóptico de cinco naves para practicar misas hasta para diez mil personas–, proyecto abandonado por dificultades de fundación y del cual queda solamente una única nave, la de la actual Basílica (Figura 5). Además, encarga a un colectivo de artesanos indígenas que hacían ídolos paganos, que diseñen y construyan la imagen de la patrona, Nuestra Señora de la Salud, y pide expresamente se haga en el tradicional procedimiento aborigen de pasta de caña de maíz.

Esta gestión de Quiroga despierta la oposición de colonos españoles, que no pudiendo hacerle frente políticamente, abandonan Patzcuaro y fundan un poblado ortodoxo que con el tiempo será Morelia, la actual capital de Michoacán. Quiroga entretanto, con 75 años, emprende un viaje propagandístico a España en el cual entre otros contactos, urgirá a los jesuitas – en la persona de Pedro Fabro, uno de los primeros discípulos de Ignacio– para que adhiera a su plan socio-urbanístico americano que luego verá sus frutos en el proyecto de las Misiones de tal orden.

El programa quirogiano es preciso y comprende una especie de contrapunto con las ideas totalmente teóricas de Moro, con cuyo trabajo se planteará un cuidadoso análisis para indagar en sus perspectivas prácticas. Bajo esa dirección redactará un manual para la fundación de pueblos-hospital, conocido bajo la síntesis de su título como Reglas y Ordenanzas.

Allí dirá que no habrá propiedad privada (sólo propiedad comunitaria), que se vivirá en formas habitativas colectivas priorizando la vida en común de las familias grandes, que deberán fijarse reglas sociales tales como el matrimonio monogámico -aceptado desde los 14 años en varones y 12 en mujeres-, que será obligatoria una educación básica

-induciendo a toda la población a conocer las artes de la agricultura-, que se regulará una jornada de trabajo obligatoria de 6 horas y una forma de gobierno ejercida por un Rector (único español y eclesiástico), un Principal y varios Regidores (autóctonos y ancianos, elegidos por su propia comunidad).

También estimuló que sus redes de poblados tuvieran especialidades productivas – por ejemplo pueblos que trabajasen la madera o que produjeran papel de las plantas locales y otros que fueran artesanos del metal o del cerámico- y que todo ello, sumado a la base común de la habilidad agrícola que garantizara sustentabilidad, diera paso a un intenso comercio regional basado en el intercambio lejano y en muchos casos sustentado en el trueque y la valoración del costo de cada producto según el tiempo de su manufactura. Planteó que cada persona debía poseer solamente dos pares de vestimentas, una de fiesta y otra de trabajo, ambas blancas y austeras, de algodón y lana, pensadas de tal forma que cualquier familia pudiera confeccionarlas.

Quiroga rechazó activamente el paternalismo político-religioso del modelo educativo patrocinado por agustinos y dominicos en la creación de los Colegios de Naturales, que según su crítica, se ocupaban de instruir al modo occidental a jóvenes indígenas y romper los lazos de afecto y pertenencia a sus familias originarias. Esto también dio paso a numerosas confrontaciones con la oligarquía política y religiosa de la capital colonial, lo que también se agudizó con algunos escritos de Quiroga, como un tratado de Jurisprudencia en el que usaba su formación en leyes para fundamentar una propuesta de régimen político que propiciara una total autonomía de los pueblos originarios.

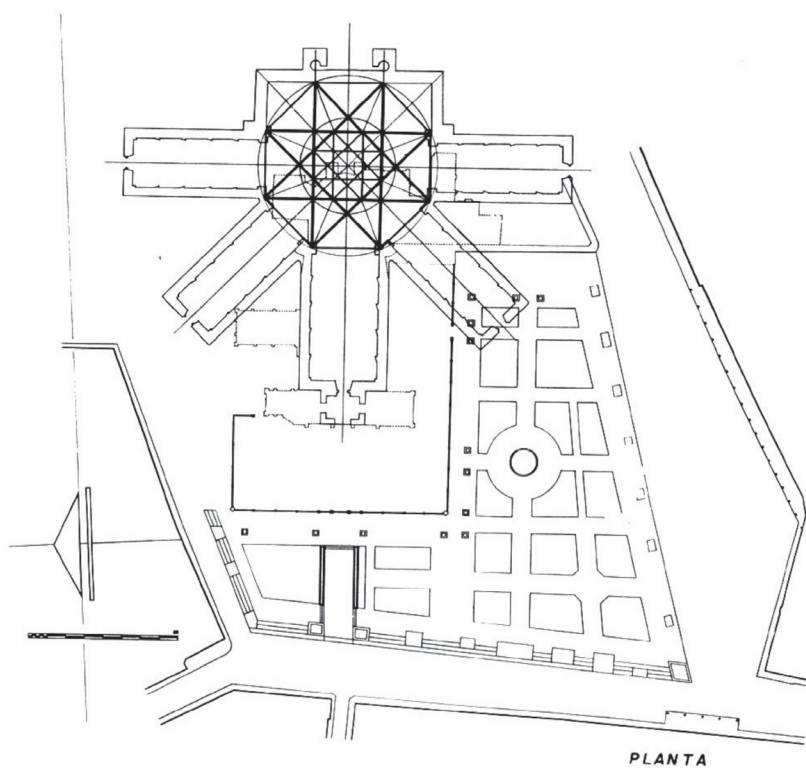


Fig. 5. San Salvador de Patzcuaro según la idea de Vasco de Quiroga.

En la lengua tarasca existe el mote tata que quiere decir afectuosamente padre –que se ha generalizado a numerosos dialectos populares hispanos actuales- y fue usado por los indios para rebautizar a Quiroga, que en esas tradiciones se entronizó como el Tata Vasco.

El Tata recorría permanentemente sus poblados, revisaba su progreso y departía con sus pobladores acerca de la construcción de un canal o del inicio de nuevo cultivo. En uno de esos continuos viajes se sintió inesperadamente mal y falleció en el Hospital de Uruapán, uno de los tantos pueblos que fundó. Tenía entonces 95 años.

Las diversas gestiones proindianas de dominicos como La Casas (otro longevo que muere a sus 92 años, abogado y encomendero para cumplir funciones políticas en La Española, en Cuba y luego en el obispado de Chiapas, ordenado sacerdote cerca de los 40 años), con sus fundaciones de pueblos en su obispado, o las reducciones de las misiones jesuíticas, podían devenir en utópicas máquinas o laboratorios sociales, a veces dentro de los asentamientos coloniales como la fundación de El Cercado de Lima a instancias del Virrey Toledo (según unas normas y plan levantado por Diego de Porres en 1571), con un recinto amurallado dentro del cual debían estar los indios limeños a determinada hora y con una curiosa plaza en forma de rombo que parece establecer una deliberada diferencia con el trazado ortogonal de las convencionales plazas mayores. Este pueblo funcionó como reducción (noción que refiere a forma de control reclusivo de los naturales) y quedó a cargo de la orden jesuítica.

Utopías y proyectos contemporáneos

El conjunto de Pampulha, dentro del suburbio residencial de Belo Horizonte del mismo nombre, promovido por Juscelino Kubitschek cuando era alcalde de esa ciudad, fue un claro motivo de arrastre y prestigio que la arquitectura debía otorgar al emprendimiento mayor que obedecía a una lógica de ciudad de partes de inspiración corbusierana, ya que hubo dos cités residenciales de élite (Pampulha y Cidade Jardim), una cité universitaria y otra industrial, ninguna con éxito contundente.

Todos los emprendimientos carecieron de planificación estricta (ese iba a ser el eje de la dura crítica de Max Bill en los 50) pero incluyeron obras tan significativas como la pequeña Iglesia de San Francisco o la Casa de Baile, de 1942, que operan como aperturas de un discurso moderno empirista-regionalista-organicista muy imbricado en la cultura figurativa propia –desde el barroco mineiro de O Aleijadinho hasta la reelaboración del manuelismo portugués en Cândido Portinari, que por cierto trabajó en Pampulha con Niemeyer, quien también integró en su equipo a Burle Marx y al ingeniero-poeta Joaquim Cardoso que más tarde sería uno de los más vigorosos defensores del rol social del conjunto-, que en origen fue nítidamente un programa elitista que contemplaba 5 edificios alrededor de un lago artificial, la capilla y la casa de bailes citadas, el casino, un club de yates para navegar en el lago y un hotel que no llegó a ejecutarse, más el agregado posterior de una casa para Kubitschek. Dicho sea de paso generó un duro cuestionamiento de Burle, lo que daría pie a una larga enemistad del paisajista con el ulterior presidente que limitaría los trabajos de Burle en Brasilia a sólo lo encargado por Niemeyer y bajo su directa protección.

Carlos Dias Comas (2000) destaca la diferencia entre las tres laicas grillas de hormigón armado y plantas libres y el edificio religioso, una cáscara continua como si se quisiera afirmar una diferencia de modernidad entre unos y otro: No es casual que Pampulha fuera presentada como una empresa modernizadora. Niemeyer acepta los términos del encargo y trata de arquitecturizar sin moralismo un conjunto de instituciones capaces de polarizar una ciudad jardín para ricos. Pampulha reelabora el circuito de delicias del parque aristocrático inglés en el siglo XX sin el eclecticismo que haría muy evidente la arbitrariedad del gusto individual. Gozó de una naturaleza artificial más natural que la Naturaleza misma.

Una línea de trabajo que mezcla expresionismo monumental con reflexión sobre el contextualismo con

el paisaje y las estéticas populares, predominante lo primero en los grandes monumentos públicos de Niemeyer y lo segundo, en obras de pequeña escala que no requerían excesiva imposición de imagen o protagonismo urbano, como el caso de su propia casa en Gavea, Rio de Janeiro, de 1953. Niemeyer resuelve de manera ortodoxa –estructuras reticulares de hormigón– los edificios laicos y recurre a una bóveda parabólica en la iglesia, remitiendo tal como solía hacerlo Corbu, a extrapolar criterios devenidos de la ingeniería, en este caso explícitamente el hangar de Orly que había construido Eugene Freyssinet en París. Es interesante observar como Niemeyer manipula la estructura (angostándola hacia el sitio del altar) así como la luz para enmarcar y potenciar el fresco franciscano de Portinari, aunque la contribución más significativa de éste iba a ser el revestimiento exterior de la pared del altar, resuelta con los motivos manuelinos en azul y blanco.

Pampulha resultó un fracaso en toda la línea desde el punto de vista de su intención programática: el hotel no se hizo, el club de yates nunca funcionó porque el lago no resultaba navegable y prontamente se contaminó, el casino no se inauguró porque el juego no estaba autorizado, debiéndose convertir en museo, la sala de bailes –resuelta en la isla artificial– no era apta para acoger públicos importantes.

Curiosamente, los argumentos de Cardoso cuando valora Pampulha como equipamiento popular, unas dos décadas después de hecha, remite a considerar las cuestiones de la intención inicial que debieron ser cambiadas, siendo ésta una pieza de uso más o menos popular y más tarde, una suerte de parque temático arquitectónico de interés, incluso hasta turístico, precisamente como adaptación y respuesta a los sucesivos fracasos de la idea inicial.

El polémico Sergio Wladimir Bernardes (1919-2002) expresa contundentemente el síndrome de Luis XVI, aquel deseo de un gran y autoritario cliente sapiente y poderoso que Le Corbusier añoraba para hacer arquitectura y revolución. El carioca, graduado en Rio en 1948, fue tempranamente publicado en *L'Architecture d'Aujourd'Hui* por su proyecto de Country Club en Petrópolis de 1946, revelando así una especial proximidad a la vanguardia experimental de la modernidad, que sería afirmada con la célebre casa que proyecta en 1951 para Lota Macedo en dicha ciudad, que esta activista cultural de izquierda (promotora principal del MAM de Reidy en Flamengo), compartiría con su pareja la poetisa norteamericana Elizabeth Bishop y que visitó la *creme internationnal* para visualizar una ingeniosa combinación de high tech pobre (techo de canaleta de aluminio apoyada en vigas de celosía de hierro redondo, soldado en diagonal, todo calzado sobre delgadas columnas de acero) con el color local de un fuerte basamento de piedra lugareña, mosaicos, tejas, abundante vegetación y piezas de la cultura popular, casa que la II Bienal de San Pablo premió como revelación, con menciones entusiastas de jurados como Aalto, Gropius y Ernesto Rogers.

Tres años más tarde Bernardes, promediando su tercera década, erige temporalmente el Pabellón que le había encargado la Compañía Siderúrgica Nacional en el paulistano parque Ibirapura: un volumen metálico concebido como puente sobre un curso de agua con un arco de metal y una estructura reforzada con tensores a cada orilla. Este artefacto liviano e industrial, armado y desarmado en seco, competía con las mayores audacias de su época, por caso: Prouvé o Fuller, (a quien iba a conocer en los 50 y frecuentar en los 60) y se dirigía a presentar el ideal de una arquitectura pensada como constructo industrial, como si fuera un auto, idea que más tarde iba a transformarse en la recomendación no de un design de casas-objeto sino de partes que pudieran combinarse libremente.

Sus pasiones tecnológicas fueron diversas: aprendió a volar y hacer acrobacia aérea a sus 17 años y pilotaba desde 1950 un monomotor; proyectó un planeador llamado avión-gaviota; pensó una biocicleta que conjuntara el esfuerzo de piernas y brazos (con el tripulante en posición horizontal); diseñó en 1960 el llamado carro mole, un auto de geometría continua –parecido al ulterior Picasso de Citroen- que además aceptaba deformaciones elásticas de acuerdo a la teoría de mitigar el impacto confrontando formas absorbentes en vez de rígidas, auto que llegó a desarrollarse en la Escuela de Diseño de Ulm en 1963, utilizando un nuevo material elástico de la Bayer, el policarbonato Lexan. Cuando ganó un premio en la Bienal de Venecia de 1964 (donde conoció a Fuller y quedó deslumbrado por sus ideas) canjeó el metálico por una Ferrari, con la que corrió carreras en Europa y cometió

infracciones de tránsito en Río.

El Pabellón de Brasil en la Expo Bruselas del 56 contuvo otros de sus alardes, como una cubierta de doble curvatura negativa apoyada en cuatro pilares de metal compuesto, debajo de la cual ingresaba una rampa amareilha que llamó arrastapié y encima de ella flotaba un globo aerostático del mismo color, de 7 metros de diámetro, pensado como tapón de un agujero cenital de la cubierta, que obturaba en caso de lluvia.

Hizo muebles como la cadeira-rampa, que tenía una cubierta flexible montada sobre dos rodillos que se adaptaban al cuerpo sedente y diversos proyectos experimentales, como el llamado Casa Alta -torres de lofts de armado variable de 300 metros de superficie-, o el proyecto Apartamento Elevador de Santa Tereza, en el que cada apartamento podía variar su posición en altura, como la caja de un ascensor.

El Hotel Tambau en Joao Pessoa (1966), una rueda gigante apoyada en la playa, retoma su idealismo utópico de arquitecturas urbanas autosuficientes y pensadas como mandalas simbólicos de integración y vida maquinaica en común. Ya en esa época había vuelto de una visita a USA, imbuído del mesianismo tecno-utopista de Fuller y sus seguidores -como McHale- y poco a poco se separa de la actividad profesional para insertarse en el plano ideal de la investigación proyectual, fruto del cual serán sus trabajos teóricos como las Torres Verticales para Río (proyecto que recupera el GrupoSP para su Porto Olimpico de 2011) (Figura 6), un anfiteatro-isla en la Laguna de Freitas, la torre de un kilómetro de altura en Cotunduba o el Puente Habitado Barra-Cabo Frío.

En los 80 será candidato a Prefeito de Río y crea el LIC (Laboratorio de Investigaciones Conceptuales), se dedica a escribir, dar clases y exponer proyectos urbanísticos y políticos como los barrios verticales o los anillos de equilibrio a cota 100 (que elabora los célebres dibujos de Corbusier del viaje del 29). Un estudio monográfico de L. Calvacanti (2004) resumido en el artículo A importancia de Ser(gio) Bernardes (2008), registra detalladamente los avatares de esta vida compleja y, así como presenta sus graves contradicciones políticas, también hace justicia con sus innovaciones proyectuales.



Fig. 6: Grupo SP Porto Olimpico. Río 2011 (Elaboración sobre ideas de S. Bernardes)

Bernardes fue el único arquitecto importante que no concursó para Brasilia ya que no admitía la nueva capitalidad y quizá envidiaba la posición de Niemeyer como Arquitecto del Príncipe. En los 70 detecta que podría tener su cuarto de hora político-proyectual y se hace afín a la dictadura militar a través de su eminencia gris, el General Goldbery, con quien se verá a diario y empezará a pensar proyectos altamente utópicos como el llamado 17 Islas, para el cual pasará innumerables horas volando sobre las cuencas de los ríos. Nada de eso prosperará salvo algunos encargos que Castelo Branco, otro general nordestino, le hará para Fortaleza, entre ellos su propio Mausoleo construido en 1972, un excepcional alarde en voladizo comprensiblemente ninguneado por la crítica dado su condición de homenaje a un personaje clave de la historia dictatorial. En esa época de frecuentación con los líderes militares, SB está imbuido de un destino manifiesto y de lo que llamará “la necesidad de conformar un Patrimonio Universal de artefactos salvíficos que mejorarían la vida del común”.

Al final de su vida, retornada la democracia, recibirá un generalizado descrédito por su postura colaboracionista, la que relativizará definiéndose como anarquista de derecha. Curiosamente en esos últimos años de desafecto y tinieblas, queda casi ciego por un error en una operación de cataratas y al mismo tiempo diseña su Caja Negra, un apartamento en Barra que debía tender a ser una casa invisible.

La utopía de la vivienda colectiva

Al contrario de los generalizados fracasos socio-habitacionales de los intentos de generación de los llamados conjuntos de vivienda social (ese ideal utópico de vida colectiva o en comunidad que seguramente arraiga en un cuasi romántico elogio de las comunas medievales y que se constituyó en deseo irrealizado de la conjunción entre socialismo y modernidad en el arco que va de los hof austríacas o los siedlungs weimarianos hasta el optimismo sesentista del Team X y Candilis y los remezones de las propuestas corbusieranas), hay un puñado de casos en que la experiencia no sobrevino en desastre, ya sea por virtud del proyecto (como en el conjunto Byker en Newcastle de Ralph Erskine) o por la encendida autodefensa del artefacto en cuestión por parte de sus usuarios (como en la Colonia Dammerstock en Karlsruhe –1928- de Gropius y Haessler, preservada por sus actuales vecinos como si fuera un auto de colección).

Por el contrario, muchas experiencias de vanguardia en su hora (desde el proyecto PREVI en Lima hasta la obra del grupo Staff en Argentina, e incluso masterpieces de la heroic modernity laborista británica, como el conjunto Robin Hood de los Smithson) se debaten en una degradación física y social camino en algunos casos a su desaparición, como ocurriera con la demolición del conjunto Pruitt Igoe en Saint Louis, construido por Yamasaki en 1955 (lamentablemente asociado más que a la aparición, a la des-aparición violenta de sus edificios), criminalizado-tugurizado en los 60 y finalmente demolido con explosivos en 1972, hecho saludado por el divulgador derechista Charles Jencks como inicio de la posmodernidad.

Dentro de esa historia, tan reciente como azarosa, el caso de la colombiana Ciudadela Colsubsidio debería ponerse en la lista de las propuestas aliadas al ideal utópico colectivista del vivir juntos, que al menos hasta ahora, han progresado favorablemente antes que recaído en ghettos peligrosos.

El proyecto se originó en la disposición de la Ley 21 (1982) que obligaba a las cajas de compensación previsionales a utilizar sus activos pro-jubilatorios para financiar conjuntos de vivienda, con prioridad pero no exclusividad para los afiliados a cada caja. Usando tal ley, el ente Colsubsidio decidió erigir un vasto conjunto que llevaría ese nombre en la zona noroccidental bogotana de Engativá, donde se adquirieron 130 hectáreas entre dos conjuntos ya existentes –Santa Bárbara y Bolivia- y lindantes con la Carretera a Medellín.

Germán Samper, como socio a cargo del despacho profesional que integraba, se hizo cargo del proyecto urbanístico, arquitectónico y social, afrontando la idea de crear un conjunto compacto

e integrado de relativa alta densidad que tuviera resuelta una adecuada relación entre movilidad mecánica y peatonal y una razonable integración con el centro urbano (que hoy garantiza la conexión de metrobus) pero adicionando a esa voluntad de reducir la marginalidad urbana, el programa de dotar al conjunto de condiciones específicas de equipamiento que le dieran cierta calidad de centralidad, tales como equipamiento sanitario, educativo, religioso, deportivo y cultural y hasta un shopping center importante a nivel metropolitano. El conjunto debía alojar a 35.000 personas en unas 14.000 unidades habitativas, que se distribuyeron entre bloques compactos de unos 5 pisos y viviendas unifamiliares arracimadas en conjuntos de dos niveles. Todo agrupado en un tejido ad-hoc armado en relación a 5 megabloques circulares atravesables y segmentado en una veintena de subespacios barriales bautizados con nombres de árboles nativos. La trama generó, a pesar de la relativa compacidad del tejido, un 60% de espacio público, cuya clave sin embargo fue a su vez, una disposición variada y más bien acotada de cada espacio.

Samper diría que estudió trazados urbanos diversos desde las propuestas que Karl Brunner había estudiado para Bogotá en los 30, hasta los estudios teórico-urbanísticos de Aldo Rossi y cierta voluntad -diríamos utópica- de emular las pequeñas plazoletas belgas u holandesas que parecen surgidas de talladuras en la masa edilicia. Hay muchos dibujos y esquemas de Samper que traducen esa vocación en que lo público no es infinito ni abierto, sino que siempre queda cerrado y acotado por las geometrías construidas, que definen pequeños pasos, corredores o puertas entre plazuela y plazuela, siempre recorribles y acotadas a un número pequeño de usuarios.

El otro conjunto social de vivienda colectiva bogotano que calificaríamos de exitoso es Santa Fe, que erigió después de no pocas polémicas Rogelio Salmons, reactivando 9 manzanas del tugurizado barrio histórico fundacional de La Candelaria. Lo novedoso de ese proyecto es que cada manzana tiene un patio central dividido en 4 parcelas que se van eslabonando entre manzana y manzana a través de su recorrido.

Samper también dotó a la Ciudadela de Engativá (Figura 7) de una cuidadosa dosificación de eslabones de pequeños espacios públicos y una teoría como en Santa Fe, de bordes continuos pero no cerrados respecto del contexto. Asimismo Samper, miembro del club rojo ladrillero colombiano, por así decirlo adoptó el recurso del ladrillo maquinado llamado tolete (con agujeros circulares) que también ayudó a construir un paisaje variado por su geometría pero regularizado en su textura y color, así como hacían los expresionistas del Wendingen en su proliferación de pequeños grupos de vivienda social en Amsterdam.



Fig. 7: German Samper Ciudadela Colsubsidio Bogotá

Otra clave del éxito fue sin duda su construcción gradual ya que se levantó casi durante un cuarto de siglo, concluyéndose las 14.000 viviendas en 2006 y librándose de a tramos la llegada de nuevos habitantes de acuerdo, si cabe, a cierta ingeniería social de integración de familias de diferentes estratos sociales.

Hay muchos dibujos de Samper hechos a lo largo de todos esos años, en que se muestran figuras mandálicas de las grandes manzanas circulares con un sabor medievalista visible además en las notas manuscritas que bordean las ilustraciones, así como pequeños esbozos de patios y calles bien lejanos al geometrismo abstracto tipo tierra de nadie, inaugurado por las máquinas habitativas corbusieranas como el Plan Voisin. La forma anacrónica de esos registros agiganta si se quiere, un modo de segregarse de la fallida tradición moderna racionalista del hábitat colectivo y permite avizorar alternativas de vida comunitaria aún en esta actualidad tan inhóspita en lo público y lo convivencial.

En 2014 comenzaron a erradicarse, como parte de la llamada Operación Zamora, las primeras familias de las casi 1.200 que ocupan desde mediados de la década pasada este fallido intento de erigir una suerte de World Trade Center caraqueño iniciado por el fulgurante empresario financiero David Brillembourg (el Rey David) en los años 90 con el nombre oficial Centro Financiero Cofinanzas. Sin que lo golpeará ningún avión, el conjunto no terminado, fue abandonado desde 1993, cuando murió el Rey David y quebró su fantasmático grupo financiero: el complejo estaba compuesto por 6 bloques, de los cuales el más avanzado era la llamada Torre A, de 45 pisos de altura y unos 120.000 metros cuadrados, más una Torre B de 16 niveles y otros edificios menores (Figura 8).

Su proyectista había sido Enrique Gómez y primero sufrió la degradación-hormiga de partes del edificio, por ejemplo, de sus marcos metálicos y luego, desde aproximadamente 2005, una progresiva ocupación invasiva que llegó al orden de las casi 2.000 familias –unas 12.000 personas pululando por las ruinas- y el desarrollo de una compleja auto-organización con jefes de piso y una serie de arreglos para conseguir servicios básicos.



Fig. 8: Torre David, Caracas

Por ejemplo se consiguió llevar agua hasta el piso 22 (que fue asumido como el tope de ocupación por la asamblea de ocupantes), se determinó un criterio para procesar los residuos (deben ser bajados a determinadas horas; alguna gente los subía después del 22 y fue sancionada por ello), se estableció un medio de circulación vertical –los ascensores nunca llegaron a instalarse- consistente en un sistema de moto-taxis que llevan a la gente a las alturas por un valor de 40 bolívares, equivalente a unos dos dólares el viaje, usando unas rampas de las torres en torno de algunos patios circulares y se acordó instalar lo más abajo posible a las familias con personas inhábiles o muy adultas, aunque tratando de respetar el orden de llegada al complejo.

También se perfeccionó un mecanismo de selección de la gente, tratando de evitar la llegada de, por ejemplo, dealers de droga u otros indeseables, aunque el edificio muy tempranamente perdió su condición de pura residencia y empezó a alojar toda clase de actividades, como gimnasios, comercios, talleres de artesanos, pequeños servicios sanitarios o educativos informales, etc. En muchos blogs que fueron armándose sobre esta experiencia se indica, en un medio urbano muy golpeado por la inseguridad y el delito, las condiciones aceptables de convivencia que aquí se lograron, atrayéndose también un grupo variopinto de artistas populares callejeros, músicos, bailarines, artistas circenses y por así decirse, una cierta bohemia bizarra y subalterna.

El hijo del Rey David, Alfredo, arquitecto instalado en el Politécnico de Zürich, se asoció con el suizo Hubert Klümpner para pasarse más de un año (2011) en la torre, prácticamente viviendo allí, interactuando con sus habitantes y documentando sus actividades. De ello surgió un libro (*Torre David: Informal Vertical Communities*) que explica y apologiza el proceso de apropiación de una suerte de ruina urbana y su conversión auto-gestionaria en una comunidad marginal, con sus reglas de convivencia y cierto nivel de experimentalidad en el tipo de actividades sociales que se fueron generando –desde las deportivas hasta las culturales y productivas- mostrando que quizá se conseguían más actividades y de más diversidad que en los programas de torres multifuncionales de alto standing. También diseñaron una muestra para presentar en la Bienal de Venecia de 2012, donde armaron un espacio de documentación de la experiencia, pero además reconstruyeron un lugar público tipo bar popular, llevado en partes de su instalación original en la Torre e incluso frecuentado con algunos habitantes de ella que fueron llevados a Venecia para esta suerte de acting. Consiguieron un premio en esa Bienal, que valoraba no tanto el experimento estético-urbano sino más precisamente, la capacidad de auto-organización comunitaria y su creatividad colectiva.

El grado de desarrollo de las unidades familiares y productivas que fueron instalándose tuvo, en efecto, un alto nivel de capacidad para resolver en unos pocos metros, con escasos materiales livianos y construcción en seco, el desarrollo de múltiples formas de acomodar grupos familiares en una suerte de mini-lofts, que en muchos casos (como también ocurre en las villas miseria) consiguieron ingeniosas maneras de acomodar personas y sus actividades diversas.

Lo cierto es que por otra parte debieron afrontarse condiciones de funcionamiento (el desplazamiento en altura o el abastecimiento diario, por ejemplo) bastante adversas así como en algunos casos, la ausencia de los paramentos verticales de las oficinas originales plantearon condiciones de inseguridad. En 2014 el presidente Maduro se refirió a la Torre David y dijo que deberían discutirse las alternativas que había al respecto, considerando por una parte el proceso social que se fue generando y por otra, las difíciles o hasta peligrosas condiciones de vida que allí se daban, e invitó a un debate para considerar las opciones de consolidar la ocupación y mitigar sus inconvenientes o proceder a su erradicación. Por entonces también se difundió el interés de un grupo económico chino en recuperar el complejo edilicio para su función original de centro financiero.

La decisión que parece haberse tomado es la erradicación y, desde mediados de ese año, comenzaron los desplazamientos de familias a viviendas periféricas. Ya habría menos de 800 en el singular vertical slum que despertó tanto interés social como cultural (además de lo de Venecia y el libro citado también se filmó un extenso documental multipremiado). Como un nítido signo de época y lugar, este proyecto global y propio de las new economics y las fragilidades que estos desarrollos afrontaron en el mundo y en la región, tuvo, al menos por un período, la rara cualidad de trocarse en la torre de los pobres.

Referencias bibliograficas

- Brading, D. (1991) Orbe Indiano. De la Monarquía Católica a la República Criolla, 1492.1867, México, FCE.
- Gerbi, A. (1992) La Naturaleza de las Indias Nuevas. De Cristóbal Colón a Gonzalo Fernández de Oviedo, México, FCE.
- Ungers, L. y O. (1989) Comunas en el Nuevo Mundo: 1740-1971, Gili, Barcelona, 1978.
- Terán, F. (1989) El sueño de un orden: la ciudad hispanoamericana, Madrid, Ministerio de Fomento.
- Hachette-Del Solar, (1982) Dos utopías argentinas, Buenos Aires.
- Gómez Tovar, L., Gutiérrez, R., Vázquez, S. (1991) Utopías Libertarias Americanas, seguido de la transcripción de La Ciudad Anarquista de Pierre Quiroule, Madrid, Tuero.
- Zuidema, Tom R. (1989) Reyes y Guerreros. Ensayos de Cultura Andina, Lima, Fomciencias.
- Severi, C. (2010) El sendero y la voz. Una antropología de la memoria, Buenos Aires, SB.
- Brotherston, G. (1997) La América Indígena en su literatura: Los Libros del Cuarto Mundo, México, FCE.
- Calvacanti, L. (2004) Sergio Bernardes. Heroi da uma tragedia moderna, Rio de Janeiro, Brasil, Dumará.
- Calvacanti, L., (2008) A importancia de Ser(gio) Bernardes, ensayo editado en Arquitectos-Vitruvius 110, San Pablo, Brasil.

Nota

La mayoría de las imágenes fueron cedidas por sus autores y otras provienen de sitios web de acceso libre.